

# Los mejores treinta años

IGNACIO SOTELO

Me he resistido siempre a plegarme al lugar común, pero me parece evidente, como a casi todo el mundo, que los últimos tres decenios han sido los mejores de la España contemporánea. Para hacer afirmación tan categórica ¿con qué época los ponemos en parangón? Aunque a partir de los años sesenta se operase el salto de una sociedad rural a una industrial, por mucho que algunos nostálgicos se empeñen, faltos de libertad, no sirven los últimos veinte años del franquismo. Tampoco permiten una comparación los cinco de la Segunda República, un tiempo demasiado breve y conflictivo. Salvando la estructura caciquil de la política o el poder ilimitado de la Iglesia, junto a otras grandes diferencias entre aquella época y la nuestra, no queda más que la primera Restauración para cotejarla con la nuestra. En el medio siglo que duró (1874-1923), a la vez que España crecía en lo económico, fue ganando parcelas sustanciales de libertad, aproximándose al resto de Europa.

El acontecimiento que marca este medio siglo de paz y crecimiento fue la guerra que nos impuso Estados Unidos, arrebatándonos los últimos retazos de un inmenso imperio colonial en el momento en que las potencias europeas estaban consolidando los suyos. Consecuencia directa del "desastre del 98" fueron el retorno del militarismo, pero ahora, a diferencia del decimonónico, de carácter conservador, y la expansión del nacionalismo periférico, que se añadieron a las otras dos cuestiones, la religiosa y la social, que arrastraba ya España. Las cuatro han marcado con su impronta buena parte del siglo XX. Para comparar la primera Restauración con la segunda lo más adecuado tal vez sea preguntarse por el estado actual de cada una de estas cuestiones.

**La cuestión militar.** El afán es-

pañol por hacerse con una franja en el norte de Marruecos, entre otras muchas razones de orden estratégico, por ejemplo, no dejarse cercar por Francia, la decisiva parece que fuera dar una salida a un ejército macrocefálico que, al no haber reconocido la derrota ni obrado en consecuencia, mostraba tanta susceptibilidad como incompetencia. El desastre del 98 en cierto modo culmina en el de Annual (julio de 1921). Para evitar que se pidiesen responsabilida-

des que alcanzaban probablemente a la Corona, en 1923 el ejército puso fin al orden constitucional, produciendo el efecto contrario al buscado, al contribuir de manera decisiva a la proclamación de la República. La segunda intervención militar, al precio de una terrible Guerra Civil, logra durar 40 años, arrancando hasta las últimas raíces liberales, incluido el sentido de la decencia, pero, al abrirse al capitalismo occidental, en los últimos 20 ocasiona cam-

bios socioeconómicos sustanciales. A la muerte del dictador cabe cumplir con su voluntad de instaurar la Monarquía, aunque sea una parlamentaria, justamente el modelo que más había repudiado. La intervención militar, que en 1923 acabó con la primera Restauración, en 1975 impuso la segunda, aunque acoplada ya a los nuevos tiempos.

Si se tiene en cuenta lo que ha significado el poder militar en la España del siglo XX, parece inve-

rosímil que en los primeros 15 años de la segunda Restauración se haya logrado eliminarlo como un factor político desestabilizador. El 23-F, que actuó como una vacuna, la integración en la OTAN, la política militar de Felipe González y la profesionalización de las Fuerzas Armadas que llevó a cabo el Gobierno de Aznar, han sido las causas, de orden muy distinto, que han conseguido integrar al ejército en el orden constitucional. Pese a algunos amagos, mientras se controle a los nacionalismos periféricos, la cuestión militar se ha esfumado de nuestro horizonte.

**La cuestión religiosa.** Un elemento tan poderoso, si no más que el ejército, en la primera Restauración fue la Iglesia, dominada por un integrismo neotomista que mantenía férreamente al muy débil catolicismo moderado, que antes y poco después de la primera gran guerra, intentó abrirse a los sectores populares. El principal empeño de la Iglesia en la primera y en la segunda Restauración ha sido conservar a todo trance el monopolio de la educación, al menos la de las clases altas y medias. En la primera Restauración luchó encarnizadamente contra la Institución Libre de Enseñanza, el aporte liberal modernizador más importante de la España contemporánea; en la segunda, en cambio, dada la mediocridad de la espiritualidad laica de hoy en día, no tiene contrincante. Pese a que la Iglesia, estructurada en pequeños grupos integristas, detente un poder muy superior al que le otorga su implantación social, aun así ni de lejos es comparable con el que ejerció a lo largo del siglo XX. La estrechísima colaboración de la Iglesia con la dictadura franquista hasta por lo menos el Concilio Vaticano II, hizo del régimen más que uno militar —el franquismo de hecho acaba con el poder político

Pasa a la [página siguiente](#)

MÁXIMO



## EL DEFENSOR DEL LECTOR

# Cuestión de cálculo

SEBASTIÁN SERRANO

Como sucede después de toda gran manifestación, varios lectores se han quejado esta semana del número de asistentes a la marcha del 25 de febrero en Madrid que calculó este diario, la décima parte del estimado por los organizadores, la Asociación de Víctimas del Terrorismo.

A los comunicantes les he intentado explicar, a veces infructuosamente, cómo miembros de la redacción se habían informado antes del acto sobre cuánto media el recorrido previsto y otros habían comprobado, a una hora determinada, qué espacio ocupaban los manifestantes y cuántos había por metro cuadrado. La superficie ocupada se multiplicó por el número de manifestantes por metro cuadrado y se obtuvo una cantidad: 177.000.

“¿Cómo me puede usted decir que había 180.000 manifestantes si los medios insisten cada Nochevieja en que medio millón de personas se reúnen en la Puerta del Sol?”, me preguntó una lectora que telefonó el lunes. Aunque ello suponía oponerse a la arraigada tradición del medio millón de personas en la Puerta del Sol, me arriesgué: “Señora, no caben”. Esa plaza mide unos 12.000 metros cuadrados. Habría que apilar a más de 40 personas por metro cuadrado (en columnas que superarían la altura del reloj) para embutir a medio millón de seres humanos.

Otra queja, ésta por correo

electrónico: “¿Por qué esta manipulación de la cifra de participantes? En otra carta les manifestaba el gran periódico que podría ser EL PAÍS (apto para la mayoría que buscamos veracidad y objetividad en las noticias) si no fuera por esta manía de querer manipular toda noticia que pueda perjudicar al PSOE y a su entorno”.

Le respondí explicando cómo hace los cálculos este diario y me permití añadir que ni la Comunidad de Madrid, que había estimado 1,4 millones de manifestantes, ni los organizadores, que habían elevado la cifra a 1,7 millones, habían explicado los suyos, mientras que sí lo había hecho, con plano incluido, la Delegación del Gobierno (111.000 asistentes).

El *Libro de estilo* establece: “En las grandes manifestaciones, el periódico ofrecerá un cálculo propio, pero siempre explicando el mecanismo utilizado”. Cumplir este precepto siempre acarrea críticas, pero es mejor eso que dejar a los lectores con la duda de que realmente hubiera

1,7 millones de manifestantes. Podemos asegurar que eso no es verdad.

Sin embargo, aunque es muy probable que el 18 de febrero tampoco se reuniera en Barcelona, según la estimación de los convocantes, un millón de personas bajo el lema ‘Som una nació’, este diario no podrá sostener esa apreciación porque no hizo el cálculo pertinente. Según explican en la redacción de Barcelona, una inadecuada planificación impidió que se pudiera hacer un trabajo de calidad y al final se optó por no dar una estimación propia.

### Cifras de prostitución

Otra cifra proporcionada por este diario también ha sido criticada. El 13 de febrero se publicó un editorial titulado ‘Plaga de prostitución’ en el que se afirmaba que el 95% de las prostitutas ejercen en España “de manera forzada”.

En nombre del colectivo Hetaira, Carmen Briz y Cristina Ga-

raizabal enviaron una carta en la que escriben: “¿Han podido ustedes contrastar esa información? El periodismo de precisión es algo más que copiar unas cifras que alguien dio por válidas, imposibles de demostrar porque no existe un solo estudio o investigación en nuestro país que arroje datos contrastados sobre el número de personas que ejercen la prostitución”.

Este diario ha publicado en artículos de opinión firmados por distintas personas esa cifra y, basándose en ellos, se recogió en el citado editorial. Pero es cierto que a la hora de redactarlo no disponía de ningún estudio riguroso que avalara ese porcentaje.

La queja principal de la carta es por el uso del término *plaga*. Tras repasar el significado que da el diccionario (“aparición masiva y repentina de seres vivos de la misma especie que causan graves daños”) y “calamidad grande”, las firmantes agregan: “[El titular] asimila a quienes trabajan en esta actividad a un mal que hay que tratar, una calami-

dad grande para la sociedad. Lleva implícita la idea de que estaría bien acabar con esta actividad, con esta plaga. Sin embargo, la prostitución fue reconocida en 2001 como “actividad económica” legítima por el Tribunal de Justicia de Luxemburgo, tal y como se citaba en otro editorial, publicado el 12 de abril de 2004”.

Responde el director de Opinión, Lluís Bassets: “Plaga de prostitución corresponde a una visión negativa de este oficio, no hay duda, y a la realidad de lo que está ocurriendo en muchas zonas —la casa de Campo de Madrid, los alrededores del Camp Nou de Barcelona—, donde ejercen este llamado oficio centenares de mujeres y también de hombres, recién llegados de África o de Europa del este, expuestos a la intemperie y en condiciones de higiene y de seguridad lamentables. Como en todo titular, puede producirse un efecto de amplificación o exageración en detrimento de la exactitud. Entiendo que son algunas connotaciones, sobre todo las que se subrayan al citar dos acepciones del término *plaga* en el diccionario, las que han molestado, razonablemente, a las firmantes de la carta. Probablemente se pudo titular con mayor acierto”.

Los lectores pueden escribir al Defensor del Lector por carta o correo electrónico ([defensor@elpais.es](mailto:defensor@elpais.es)), o telefonarle al número 913 37 78 36.